postración que da miedo. Me ahorcaría de mejor gana que lo digo.

EL CONDE.

¡Esta gente del campo toma tanto cariño á los animales!

JUANITO.

No me hubiera yo llevado menos susto que Andrea. ¡Matarle su perro! El señor Quiroga no tiene entrañas.

DON LORENZO.

Pero si la chica se acongojó, allá en su casa que la hubieran sufrido. Y no que Damián, para que su padre no la vea con la pataleta, sin encomendarse á Dios ni al diablo, la trae aquí y nos hace cargar á nosotros con el mochuelo. ¡Ay, qué Damián de mis pecados! Créanlo ustedes: las personas demasiado buenas son insufribles.

JUANITO.

Lo que es yo, le voy cobrando miedo. Si parece que come víboras y que bebe aguarrás.

EL CONDE.

Y ¡qué insolente! Nos trata como á iguales. ¡Yo no sé adónde vamos á parar con el espíritu democrático de este siglo!

DON LORENZO.

En fin—vean ustedes—ya se la lleva á su casa. (Señalando á las rejas del foro, por las cuales se ve pasar de derecha á izquierda á Damián y Andrea. Ésta va apoyada en aquél.) ¡Gracias á Dios! Pues ¿y Quiroga? ¿Y Quiroga?

Con enojo.

JUANITO.

Quiroga tiene por oficio el escándalo. Hoy el escándalo es un oficio como otro cualquiera.

EL CONDE.

Mejor que otro cualquiera.

DON LORENZO.

¡Buen susto se ha llevado mi pobre hija!

JUANITO.

No ha sido para menos el lance.

DON LORENZO.

Y ¿por qué he de tolerar yo que un belitre con sus desórdenes.....? Además, algo hay que hacer en favor de Andrea: hay que evitar la desdicha que la amenaza.

EL CONDE.

¿Quién lo duda? Nuestra obligación es amparar á la inocencia.

JUANITO.

Para estas ocasiones son los hombres de bien.

DON LORENZO.

¿Conque les parece á ustedes conveniente que le hable gordo?

EL CONDE.

Sí, señor; á mí me parece conveniente que le hable usted gordo.

JUANITO.

Todo lo gordo que usted quiera.

DON LORENZO.

Pero ayúdenme ustedes.

EL CONDE.

Yo, cuando llega el caso, bien que guardando cierta regla y medida, sé decir cuatro frescas al lucero del alba.

JUANITO.

Mire usted: á mí rara vez se me hinchan las narices; pero en llegándoseme á hinchar.....

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, Juanito, y después Don Lorenzo.

JUANITO.

¡Buena está la paz que don Lorenzo nos prometía! ¡En el campo, en un desierto, como quien dice, hallar estos belenes!

EL CONDE.

No queda ya rincón de tierra hasta donde no se haya extendido la plaga de los tunos.

JUANITO.

La peor de todas las conocidas.

EL CONDE.

¡Me río yo de las moscas y las ranas de Egipto!

DON LORENZO.

¡Día fatal! ¡Qué día!

Entrando por la primera puerta de la derecha.

JUANITO.

¿Está peor esa muchacha?

DON LORENZO.

No; se le va calmando la convulsión; va desapareciendo el terror que la dominaba; ya no chilla ni..... Pero se ha quedado como aislada, en un estado de

ESCENA II.

Dichos y Quiroga.

Aparece y deténese en la primera puerta de la derecha, con sombrero y bastón.

DON LORENZO.

Convenido: en cuanto el señor Quiroga se nos ponga delante, firme en él.

Quiroga se habrá ido acercando á ellos sin que le sientan.

QUIROGA.

Pues me pongo detrás.

Poniéndose á espaldas de los otros.

DON LORENZO, EL CONDE Y JUANITO.

¡Oh!

Estremeciéndose.

EL CONDE.

(¡Qué bromas tan pesadas!)

JUANITO.

(¡Es gusto hacerle á uno dar respingos!)

QUIROGA.

Conque decían ustedes que..... ¡firme en él!

DON LORENZO.

Venga usted acá, demonicjo: ¿por qué ha matado usted al perro de Andrea?

QUIROGA.

Porque el perro de Andrea se empeñaba en averiguar á qué saben mis pantorrillas.

DON LORENZO.

¡Si usted no hubiera perseguido á su ama!

QUIROGA.

Bah, no faltaba más sino que los perros se metie-